

LIBROS

**Alfonso Costafreda, el poeta vuelve al mar**

Alfonso Costafreda era, como yo mismo, del corazón de la terra ferma leridana, que coincide geográficamente con el centro de Cataluña. Dentro de esta vecindad, nuestros pagos comarcanos comportaban una sutil distinción: En Tàrrega, donde Alfonso naciera, empieza el verde exuberante del Urgel, que cubre la vertiente occidental de la provincia. En Cervera, donde nací yo, se termina la seca austeridad de la Segarra, que domina la vertiente oriental leridana.

En todo caso, Alfonso y yo coincidíamos, como hombres de tierra adentro, en nuestra nostalgia y en nuestro amor por la mar. Para el nacido cerca del mar o criado a su vera, el mar puede llegar a ser una costumbre. Para nosotros, el mar era y es un misterio, entre la linde y la tentación orsianas.

Alfonso y yo tuvimos ocasión, hace casi treinta años, de compartir con el marinero Carlos Barral sus dominios de Calafell, la que él ha llamado «la lujosa escuela de la mar» (1). A fines de la década de los cuarenta llegábamos muchos fines de semana a la playa calafellense y compartíamos su mítico imperio, presidido por el bondadoso «Dimoni», vecino de la «botiga» de Carlos en la entonces solitaria playa de Calafell, el Trajo de l'Espina para ser exactos.

Al mediar el verano de 1973, Alfonso me visitó en la Universidad de Syracuse, en la América Nordeste, y en la



Carlos Barral y Jaime Ferrán arrojan al mar las cenizas del poeta Costafreda.

lectura comentada de su libro, entonces inédito, «Suicidios y otras muertes», me sorprendía —y sorprendía a mis colegas y estudiantes— con el épico recuerdo de aquellos días, evocando las peligrosas singladuras marinas —así las recordaba él— al mando del patrón del «Fisis»: Carlos Barral.

Muchas cosas han pasado desde entonces. Alfonso vivió los últimos veinte años de su vida en Ginebra, amarrado al duro banco de una Institución Internacional, y su estela literaria se resintió de su ausencia de España. Este país nuestro —lo he repetido alguna vez— nos quiere «de cuerpo presente», vivos o muertos, y cuando nos alejamos empieza insensible y automáticamente a olvidarnos. Yo diría que España sigue siendo, como decía Lope, la madrastra de sus hijos verdaderos. El destino de nuestros emigrantes lo demuestra, y quiero hacer la salvedad de estas páginas de «Triunfo», donde se les recuerda con frecuencia. El destino de Alfonso también: el poeta que ganara el Premio Boschán en 1949 y que había publicado antes de cruzar nuestras fronteras «Nuestra Elegía» y «8 Poemas» fue olvidado conspicua y paulatinamente por los críticos y antólogos al uso. Esta actitud persistió

ante la publicación de su libro «Compañera de hoy», y lo que es mucho más duro y amargo, persiste ahora en que si no me equivoco, ninguno de nuestros críticos se ha tomado la molestia de hablar de «Suicidios y otras muertes», libro póstumo del poeta fallecido hace ahora un año en Ginebra, y que se publicara en septiembre del año pasado.

Pero a Alfonso ya no pueden importarle todas estas sórdidas pequeñeces de nuestro cotarro literario. Su libro es uno de los más importantes de las últimas décadas, como afirmó Carlos Barral de su obra a raíz de su muerte. Yo diría más: su libro es uno de los importantes de toda nuestra poesía, por una voluntad antirretórica a la que deberemos, si no me equivoco, una renovación en el ámbito de nuestra poesía futura. Porque esto sí: los críticos podrán no hablar de él, pero todos los poetas que han leído este libro coinciden conmigo en destacar su importancia.

Ahora Alfonso ha vuelto, al cabo de los años al Calafell que habíamos amado en nuestra juventud. El día 30 de marzo, cumpliendo su voluntad, Carlos Barral y yo —acompañados en la ocasión por Pablo Francisco Barrau Diau y por Ramón Guix Ferrer— llevamos sus restos a alta mar,

ahora en el nuevo falucho de nuestro patrón de antaño: el «Capitán Argüello». A las tres horas y veinte minutos de la tarde, Carlos mandó detener los motores y el falucho se puso a la zapa, con la trinquetilla. Después de abrir la urna sellada —en lo que ayudé al patrón—, Carlos aventó las cenizas en la mar. En la aliada coincidió el campanario de la Villa del Vendrell con el edificio del hotel Europa, sito en San Salvador, y yo que nunca me había mareado en nuestras salidas confundidas con un mareo las lágrimas que pugnaban por salir. Pero no pudieron hacerlo.

Alfonso había dicho en uno de sus primeros poemas:

«Quiero ser el aire, confundirme con él, pasar fugaz, permanecer, acariciar las estrellas y los soles como luna/mañanera».

«Estar en la alta noche y contemplar largamente el cese mortal y el comienzo de la dicha, Cambiar eternas canciones con las ciudades perdidas/ golpeando los cristales de la temprana muerte».

«Quiero ser el blando descanso de los astros, No carne ni tierra, sino contenido último de los espacios eternos». (2).

■ JAIME FERRAN.

**Feuerbach: la crítica desde el corazón**

El centenario de la muerte de Feuerbach, en 1972, pasó en España notablemente inadvertido; 1975, en cambio, pondrá en candelero al hegeliano rebelde, pues acaba de editarse su obra más importante y se anuncia un ensayo fundamental sobre él de un destacado epigono frankfurtiano (1). La posición de Feuerbach en la historia de la filosofía contemporánea no ha contribuido precisamente a su lucimiento. La mayoría de quienes conocen su nombre sólo le conceden importancia en cuanto formador del primer pensamiento de Marx, pero sin recordar más que la despedida que de tal influencia se hace en la «Ideología Alemana». Como del pobre Dühring, de él no se conserva más que la refutación. Los dos gigantes que le flanquean, le aniquilan: quienes se remontan más allá de Marx, nunca se detienen en él, sino que llegan hasta la invicta sombra de Hegel. Como dijo demasiado y demasiado poco, ha quedado reducido a ser mero lugar de paso. Pero, ¿es cierto que tal condición de tránsito agota la importancia de Feuerbach? Quizá los últimos desarrollos del marxismo heterodoxo —¿no lo son todos ya, de un modo u otro?— hayan contribuido a revigorar la obra de Ludwig Feuerbach en su especificidad propia. La reclamación de una sensualidad liberada y creadora, de la que Reich y Marcuse son promotores, encuentra un precedente inexcusable en el sensualismo reivindicado de Feuerbach; su respeto por lo inmediato y su elogio del vigor mutilado de la naturaleza, línea que el marxismo economicista decidió

no seguir, ha rebrotado con fuerza en los años sesenta y setenta de nuestro siglo. Por otro lado, aunque parezca insuperable paradoja, de la crítica a la teología de Feuerbach (y también de Nietzsche, Freud, etc...) surgen los elementos de una teología crítica que, en nuestros días, atarea a pensadores mucho menos desdeñables de lo que reduccionismos al uso gustan suponer. Su presencia en todas estas encrucijadas hace que deba saludarse esta traducción castellana de «La esencia del cristianismo» como un auténtico acontecimiento cultural.

Algún día se estudiará a fondo —Karl Löwith lo ha hecho en parte— la condición de magullados físicos y sociales que padecieron los grandes rebeldes contra Hegel. Schopenhauer, fracasado como profesor y aislado en su resentimiento; Kierkegaard, incapaz de subvenir por sí mismo a sus necesidades, dilapidador infructuoso de su patrimonio y su ternura; Feuerbach, enfermo, tímido, pobre, mantenido por su mujer; Nietzsche, solitario siempre y finalmente loco... Tal parece que salirse del ámbito absoluto de la razón conlleva una herida secreta, cuya supuración constante enturbia la vida e imposibilita la plenitud de la cordura... En cierto modo, Feuerbach convirtió su marginación en el tema mismo de su pensamiento: a ese «Profesor Absoluto» que era para él la cima del idealismo alemán, opuso la postergada situación del «pensador privado» que él mismo representaba. A la implacable razón que subsume las diferencias en la identidad y condena lo inmediato al proceso mediador, opuso lo directamente sensible y promovió su crítica desde un reducto póstumamente romántico que llamó «corazón». Su anticristianismo visceral vio en la religión, llevada por el sistema hegeliano a su última consecuencia, el aplazamiento indefinido de la primacía del hom-

(1) Carlos Barral, «Años de penitencia», Alianza Tres, Madrid, 1973, pág. 11.

(2) Alfonso Costafreda, «Nuestra elegía», Cuadernos de Poesía Boschán, Barcelona, 1949, págs. 27-28.

(1) «La esencia del cristianismo», de L. Feuerbach, traducción de José Luis Iglesias. Agora Ed. Sígueme. «La antropología materialista de Ludwig Feuerbach», de A. Schmidt. Ed. Taurus (en prensa).